

modera á veces para que la vida, que no tiene otro objeto, se prolongue lo más posible; y convierte el mundo y la Naturaleza en talleres del placer humano; y hace de la física una ciencia que tranquilice al hombre respecto de los temores que pueden inspirarle los fenómenos naturales.

El sensualismo de Epicuro, aplicado á las ciencias, debía dar necesariamente el materialismo; por eso siguió la doctrina del atomismo ideada por Demócrito, pero modificada algun tanto, suponiendo en los átomos un movimiento propio de desviación de la perpendicular que los atraía mutamente, formándose así los cuerpos. La existencia de estos átomos es hipotética para el mismo Epicuro, porque los átomos no causan en nosotros sensación alguna; sus leyes se reducen al movimiento que hemos dicho, y por tanto la ley suprema del mundo material es la casualidad; es decir, la ausencia de toda ley, por más que algunos hayan querido explicar esta casualidad como el concurso de las acciones moleculares de los átomos entre sí.

Los átomos son el principio de todas las cosas; su concurso forma el universo, el alma humana y la naturaleza de los dioses. Hay infinitos mundos; y podrá haber más ó menos; eso depende de la casualidad que mueva sus átomos. El alma humana es material,

compuesta de átomos ígneos y redondos; los dioses son también materiales, pero no sienten necesidad alguna.

Los epicúreos admitían la evidencia en los sentidos, y condenaban la duda eleática; pero incurrieron en el error de considerarlos como criterio de verdad. Este principio, exagerado y aplicado á la moral, fué el que dió carácter á su secta. Refiriendo el placer y el dolor á los sentidos, buscaban el primero y huían del segundo.

Epicuro rompe por completo todo vínculo entre Dios, el mundo y el hombre; hace del primero y del último uno seres despreciables, y del mundo un efecto de la ciega casualidad. No hay en ésta, como en ciertas doctrinas materialistas, fuerzas ó propiedades necesarias en la materia; no hay leyes en la naturaleza; no hay siquiera, como habían creído otros filósofos griegos, un espíritu que anima el mundo y le dirige y conserva.

Dios ó los dioses ni han creado el universo, ni le han dado leyes, ni se acuerdan de él. En la disputa con Balbo, en que tan bien retratado está Epicuro, le dice: «Un dios no hace nada más que gozar; es un dios feliz; pero vuestro Dios está oprimido de trabajos; porque si creéis que Dios sea el mundo, como está girando siempre alrededor del eje del cielo con mucha rapidez no tiene un

solo instante de sosiego; y sin quietud no hay felicidad. Y si quereis que haya un dios que gobierne el mundo; que presida el curso de los astros y de las estaciones; que lo arregle y disponga todo, que tenga los ojos puestos en la tierra y en los mares; que cuide de la vida de los hombres y acuda á sus necesidades, tiene en verdad muy enojosa y pesada carga. Para ser feliz es preciso tener la imaginacion tranquila y no pensar en nada. Por otra parte, si vuestro Dios es un señor eterno, hay que estarle teniendo miedo de noche y de día. ¿Cómo no temer á un Dios que lo prevé todo, que piensa en todo, que lo mira todo, que cree que todo es suyo, que se quiere meter en todo? »

Con estas frases queda juzgado Epicuro por si mismo: y para conocer toda la miseria de su doctrina no hay necesidad de saber que su moral se reducía « á no conaebir más que la felicidad que consiste en beber y en comer, en la armonía de las músicas que agradan el oído y en los placeres carnales. »

Los estoicos y los epicúreos acabaron, puede decirse, son la filosofía griega; detras de ellos no quedó más que el escepticismo, que empezó á presentarse como doctrina con Arcesilao, y termino con Sexto Empírico, recorriendo en este tiempo todas las formas posibles, desde el doctrinarismo práctico hasta el dogmatismo. Pero este escepticismo

no era ya el de algunos filósofos ó de algunas sectas; era el escepticismo del pueblo, del indiferentismo hácia una filosofía que no había podido satisfacer la sed de verdades fundamentales que devoraba á aquella sociedad.

Nada debemos decir sobre este escepticismo, porque, como doctrina negativa, no dió un paso en el conocimiento del mundo.

XIII.

ROMA.

Digamos algunas palabras sobre la otra nacion que dividió con Grecia la admiracion del mundo en los tiempos cercanos al cristianismo.

Roma no tuvo filosofía propia: en la República y en el Imperio dominó la declamacion sobre la profundidad, la política y la retórica, sobre la filosofía. Los romanos creían inútil y perjudicial toda discusion metafísica: así lo demostraron los censores Enoarbo y Craso, publicando un edicto contra las escuelas de retórica, « porque la juventud iba allí á estar ociosa; » así lo demostraron tambien los destierros de muchos filósofos griegos.

Las creencias romanas se resintieron siempre de la religion del patriotismo, del

carácter de positivismo de un pueblo que empezó por el pillaje y siguió engrandeciéndose sólo por la conquista, á la cual sacrificaba como adorno y como accesorio la filosofía y la ciencia.

Por esta razon en Roma no hubo un verdadero filósofo: los dioses y el culto, la religion y la filosofía fueron importadas de Grecia ó de Egipto. Lucrecio, á quien algunos llaman pomposamente filósofo, no hizo más que copiar á Epicuro, exponiendo su doctrina y elogiando su descaro; Hora, fué tambien epicúreo; Ovidio materialista; Tito Livio en sus diálogos no pasa de un conocimiento muy comun de los sistemas griegos. Y téngase en cuenta que á un estos mismos que citamos trataron de la filosofía incidentalmente en sus versos ó en sus obras retóricas ó históricas.

Unicamente debemos hacer una excepcion en favor de Ciceron, que era naturalmente filósofo por su amor á la sabiduria, por su buen criterio, y por la aficion que siempre manifestó á las cuestiones morales y religiosas. No puede decirse que Ciceron tuviera su sistema propio de filosofía; pero expuso con notable claridad las doctrinas griegas, refutó los absurdos de los estoicos, escépticos y epicúreos con gran elevacion de ideas, y discutió en la moral con profunda penetracion.

Tampoco hubo en Roma verdadera ciencia: si hemos de juzgar por lo que Quintiliano nos dice acerca de la educacion, los jóvenes romanos dedicaban los años de estudio al conocimiento de la gramática, de la elocuencia y de la legislacion, sin recibir ni una sola idea científica. Roma no dejó, pues, nada absolutamente que merezca citarse en el estudio que vamos haciendo. La astronomía de Ciceron y sus creencias acerca de la existencia de Dios y de sus relaciones con el universo sólo son notables por el juicioso criterio que preside en todas ellas.

XIV.

RESÚMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA

Hemos expuesto uno por uno los principales sistemas filosóficos de la Grecia, y los hemos juzgado ligeramente refiriéndonos á la persona de su autor y á las circunstancias en que vivió. Fáltanos ahora considerar en conjunto todos estos sistemas, y examinar detenidamente el desarrollo y las consecuencias de aquella filosofía, cuya decadencia empezó en el momento en que perfeccionó su método; porque éste no había de servir más que para demostrar su impotencia.

La escuela jónica partió, como era natu-

ral, como debía hacerlo una filosofía primitiva, de la observacion material del universo; hizo de Dios un elemento físico, y consiguió á lo más diferenciar el espíritu de la materia. La escuela itálica descubrió en la materia la ley de armonía y proporcion; la eleática separó el espíritu de la materia, llegando á hacerlos contradictorios. A éstos pueden reducirse los primeros pasos de la filosofía griega ántes de Sócrates. Despues vino el idealismo de Platon y la tendencia conciliadora de Aristóteles. Todos estos sistemas desaparecieron ante la rápida y lógica extension del epicureísmo y del escepticismo.

La filosofía, pues, marchó desde el dios material al principio etéreo y al primer motor; desde la confusion, no identidad, de Dios y el universo, al dios soplo, fuego ó espíritu, y al dios como principio animado de la vida material; rozándose con un panteísmo, no absorbente como el de la India, pero si más prójimo al materialismo, y sembrando máximas que, reunidas más adelante, habían de ser la negacion de toda la filosofía.

La primera época de la filosofía griega estuvo fundada en la contradiccion entre Dios y el universo, sin que hubiera término hábil entre los dos de esta contradiccion: ó el universo era Dios ó un conjunto de dioses, ó Dios y el universo eran incompatibles.

La filosofía de Platon y de Aristóteles dió en este punto un gran paso; por medio del estudio de las causas llegó á la primera. Pero el Dios-idea de Platon no tenia personalidad; y en cuanto á Aristóteles, ascendiendo hasta el primer sér por este medio, encontró sólo el primer motor, la primera causa; pero un motor mecánico, pero no el verdadero Dios, el Dios creador, inteligencia perfecta, bondad suma, providencia universal.

Este Dios, unido al mundo como el Creador y la criatura, como la causa y el efecto, fué completamente desconocido á los filósofos griegos. La eternidad de la materia que admitian todos no les permitia llegar más que á un Dios formador y ordenador del universo, pero con sujecion á unas modificaciones casuales ó fatales de la materia. Así, para progresar el conocimiento material del mundo, tuvo que divorciarse la física de la filosofía; de tal modo que los filósofos, en vez de subordinarlo todo, como hizo la escuela jónica, á un principio filosófico universal, seguian su propio sistema y admitian el atomismo. ¿Y qué era el atomismo, que adquirió tanta importancia y consiguió penetrar en todas las doctrinas por opuestas que fuesen? El atomismo era la declaracion explícita de que las leyes naturales residian innata y esencialmente en la materia; la re-

belion contra todo sistema que quisiera buscar fuera de los cuerpos el principio de sus leyes; era, en fin, la consecuencia necesaria de la eternidad de la materia, sobre la cual no tenía Dios en realidad influencia alguna.

Admitida la eternidad de la materia con sus leyes propias y fatales, y considerando al hombre como compuesto de átomos más ó ménos ligeros, quedaba roto todo vínculo entre Dios, el universo y el hombre; se podía prescindir por completo de Dios, y se podía negar todo lo que no fuese el movimiento, que se presenta evidente á nuestros sentidos. He aquí, pues, á lo que en el fondo quedó reducido todo, áun en la misma doctrina aristotélica: al movimiento.

Pero, si las trabas de una filosofía inductiva y exclusivista contuvieron en la primera época el desarrollo de las ciencias exactas, no ménos le detuvo despues el atomismo, muy propio áun en la ciencia moderna para la explicacion de las propiedades de los cuerpos en cuanto éstos se consideren solamente como suma de moléculas, pero incapaz para dejar concebir al ánimo las grandes leyes, las grandes relaciones de esos inmensos astros que pueblan el espacio y giran con tan acordes y complicados movimientos. La doctrina científica de los últimos filósofos tiene bajo este punto de vista

toda la pequeñez, toda la miseria del átomo. El panteísmo, el misticismo, la secta jónica comprendían siquiera al universo en su conjunto igualándole ó confundiéndole con Dios; la filosofía atomística no veía más que moléculas reunidas al acaso, cuerpos aislados, cuyas propiedades eran individuales y se referían exclusivamente al mismo cuerpo. No existía, pues, ni áun la física; no había cosmología; porque del mismo modo que una porcion de átomos aislados sin vínculo ó ley alguna no pueden constituir por sí solos un cuerpo, una porcion de observaciones aisladas no pueden tampoco constituir un cuerpo de doctrina. Las propiedades atómicas que terminaban en el mismo átomo; las propiedades particulares de los cuerpos, contradictorias muchas veces, no podían servir para constituir un mundo ordenado sabiamente. Esta especie de formacion intelectual del mundo, que nosotros podemos hacer hoy, pasando desde la molécula indivisible hasta la concepcion del universo, era imposible á los griegos.

El átomo, considerado ideológicamente, no suministra á la inteligencia más idea que la del número, de la magnitud, igual, uniforme, inanimada; del número sin la significación armónica que le dió Pitágoras, y sin la idea que envuelve en las matemáticas modernas la funcion, como ley de genera-

cion de los números. Y no es ciertamente sólo el número lo más propio para formarse idea de la magnificencia del universo.

Los atomistas no podían ver en el cielo, en el sol, en la luz, en el alma, más que un inmenso número de átomos; y como nada veían ni sentían más allá, el universo perdía ante esta prosáica magnitud toda su grandezza; del mismo modo que el Océano perdía su magnificencia para áquel que, contemplándole, decía: Esto es mucha agua.

La filosofía griega, según hemos visto, había concluido por declararse ineficaz para descubrir las verdades que el mundo necesitaba para progresar; el escepticismo, como doctrina práctica, extendida, no ya á las escuelas, sino al pueblo entero; y, como dogmatismo, más lógico que los demás sistemas, había demostrado de un modo irrefutable que tantos siglos de libre discusión no habían adquirido el criterio de certidumbre, ni siquiera la noción de las relaciones generales que unen á Dios con el mundo y con el hombre. Ahora bien, negar á una filosofía este criterio es minarla por su base: así había hecho de la filosofía griega aquel cuerpo agonizante que dejaba al mundo como única herencia un hijo ingrato, pero lógico: el indiferentismo, es decir, la nada.

Tal vez algunos rechacen el derecho con que el dogmatismo esceptico combatia el

dogmatismo de escuela; pero repetimos lo que hemos dicho: el escepticismo era lógico en el orden de las ideas; la negacion empleaba para pelear las mismas armas que se empleaban para establecer la afirmacion. Insistimos en este punto porque estamos acostumbrados á oír elogios entusiastas de las doctrinas de Sócrates, Platon y Aristóteles, y censuras terribles é injustas, bajo el punto de vista filosófico, del escepticismo griego. Nosotros elogiamos las máximas morales socráticas y platónicas que aparecieron en Grecia como un débil crepúsculo del cristianismo; las elogiamos, no sólo por su mérito absoluto, sino porque se presentaron como estrellas en medio de un cielo nebuloso; censuramos con toda acritud el escepticismo; pero no podemos dejar de conocer que aquellas máximas de un valor puramente personal, aisladas, en oposicion muchas veces con la vida práctica de los filósofos, negadas públicamente ante el grosero culto de los dioses, no tenían razon filosófica y sistemática de existencia: así, en vez de ejercer una influencia viva, duraron lo que sus autores, al paso que subsistió el método socrático, porque fué un verdadero progreso.

Bajo este mismo punto de vista, si se nos preguntase cuál fué la doctrina más grande entre los griegos, y cual fué la más lógica,

responderíamos sin titubear: la más grande el estoicismo; la más lógica el escepticismo.

Los estoicos profesaban un culto fanático á la virtud. ¿Pero cuál era en Grecia la razón de este culto? Ninguna: la misma moral de Sócrates no daba un fundamento estable para la virtud. Mas para obrar bien es preciso tener una de dos razones: ó la severidad y la conciencia del deber que nos impulsan hasta el sacrificio, ó la facilidad de obrar: faltando lo primero, los estoicos afirmaron lo segundo, y allanaron el camino de los que creían el bien negando la existencia de los obstáculos del mal y del dolor.

El escepticismo y el estoicismo son un mismo sistema, una misma cosa en diversos terrenos, dos aplicaciones del mismo principio: los escépticos buscaron en la esfera intelectual lo que los estoicos en la esfera moral; la razón de las cosas, el criterio de la certidumbre: hallaron la multiplicidad de sistemas exclusivos y contradictorios; dedujeron de aquí la carencia de certidumbre y dijeron: todo es falso. Por esta razón no podemos considerar el escepticismo griego como una degeneración de ciertos hombres, sino como el término natural de una filosofía impotente. El primer objeto de todo sistema filosófico debe ser hallar la relación entre Dios, el mundo y el hombre, enunciar esa inmensa ley de armonía sin

la cual la creación sería un caos y la existencia un absurdo; pero precisamente esta relación fué el escollo en que se estrelló toda la filosofía griega.

El misticismo absorbente del Oriente, haciendo el universo una sola cosa con Dios, pudo prescindir de esta relación, ó presentarla bajo la forma de una serie de emanaciones, que en cierto estado de la filosofía puede reemplazar á la creación; pero los griegos, separando á Dios del universo, admitiendo la existencia contradictoria y eterna de Dios y de la materia, no pudieron conocer á Dios, ni conocer el universo. Por otra parte, las relaciones entre Dios y el hombre se conciben mejor considerando á éste como una emanación de aquél, que haciéndole parte integrante del universo y suponiendo su alma compuesta de elementos puramente físicos.

Hé aquí por qué era lógico Sexto Empírico, que fué el escéptico más incansable, al admitir sólo los conocimientos necesarios para la vida práctica; al rechazar aquella filosofía como serie de teorías que se extrañaban del sentido común y de la experiencia, y como serie de investigaciones inútiles y capciosas; y al decir que usaba su filosofía como la medicina, para curar al hombre del mal de dogmatismo.

El escepticismo no es, pues, sólo una ne-

gacion; es la afirmacion explícita de la imposibilidad de la filosofía griega; no dijo nada nuevo, no hizo más que emplear uno contra otro todos los argumentos contradictorios de los filósofos anteriores. Se trataba, por ejemplo, de negar la existencia de Dios, y decía: « Dios no puede ser infinito, porque lo infinito es inmóvil, lo inmóvil inanimado; mas tampoco puede ser finito, porque entonces no sería causa de lo infinito. Dios no puede ser corpóreo, porque lo corpóreo es perecedero por ser compuesto; ni incorpóreo, porque sería simple, y lo simple no es más que un elemento particular. Dios, en fin, no puede existir, porque si existiera realmente sería sabio y virtuoso, tendría prudencia, valor, etc., y estas cualidades no deben existir cuando no hay deseos, ni pasiones, ni obstáculos, ni temores, como no debe haberlos para Dios. Si Dios cuida de todo en el mundo, no puede ser bueno ni todopoderoso, puesto que hay males y no lo impide; si no cuida de todo, no es Dios; luego en ningun caso hay Dios. »

Ante argumentos de este género, ridículos tal vez hoy, pero cuya fuerza é importancia en aquella época hemos hecho ya notar, tenía que ceder una filosofía que no podía emplear otras razones para contestarlos; una filosofía bajo cuyos aparentes silogismos se ocultaba siempre la razon supre-

ma de los escépticos, la contradicción entre lo infinito y lo finito.

Consecuencia necesaria de esta contradicción, era una teología absurda, una antropología miserable, una cosmología incompleta, y por tanto, una moral sin base, porque desconocía la misión del hombre; una filosofía, en fin, en que, si había muchos errores, había más ignorancia. El error suele ser una verdad incompleta: hay errores científicos que han producido inmensas bienes á la ciencia; la ignorancia absoluta no puede producir nada. Y los griegos lo que tenían era ceguedad, ignorancia: caminaban completamente á oscuras, sin poder encontrar un camino bueno ó malo, recto ó equivocado, verdadero ó falso.

En el seno de esta ignorancia se preguntaban: ¿ qué harémos de Dios? Y unos hacían la idea eterna como Platon, y otros el sér feliz, sin misión alguna más que gozar, como Epicuro. ¿ Qué harémos del alma? Y unos la aniquilaban á la muerte, y otros la hacían pasar á los astros ó á los animales. ¿ Qué harémos de la virtud? Y unos hacían el placer, y otros el valor y la insensibilidad. « Preguntas ociosas, respuestas imposibles, » como decía Sexto Empírico. « Cuestiones que están para nosotros ocultas y cubiertas de espesas tinieblas: porque nuestro espíritu no puedé subir al cielo, ni penetrar en la

tierra, ni descubrir cuáles el verdadero Dios entre tantos y tan diversos como presentan los filósofos, » según dice Ciceron.

Y no se nos diga que la conciencia, la evidencia de los sentidos en ciertos casos, la simpatía, la naturaleza pudieran presentar criterio alguno de certidumbre religioso ó moral, cuando los filósofos solían empezar por negar todo lo que no fuese la base de su sistema, de tal manera que del conjunto general de la filosofía resultaba la negacion universal; y si algo se hubiera querido sostener como cierto, habría vuelto la época de los sofistas, que eran más estériles, bajo el punto de vista del criterio, que los escépticos.

Muchos filósofos modernos juzgan aquella filosofía ciega con el criterio que tienen en nuestro siglo, como podrían juzgar un sistema filosófico enunciado en nuestros días; y suelen desfigurar la verdadera doctrina de los filósofos, dándole con libres interpretaciones un fundamento que realmente no tuvo. Porque las bases que hoy quieren establecer algunos para la moral, como la humanidad, los vínculos sociales, la simpatía, la ley, el progreso, son todas hijas del cristianismo, disfraces que, por causas que en este momento no analizamos, ha tomado el principio fecundo de moral que arranca de la doctrina evangélica. Hoy es muy fácil á cualquiera sentar como principio de sus ac-

ciones una de tantas consecuencias como fluyen natural y necesariamente de la creencia innegable é innegada ya del Dios único, creador é infinito en sus atributos que tiene todo pueblo cristiano; de las máximas que á todas horas oye desde la infancia, y que forman parte de la naturaleza moral del hombre; del juicio público universal que forma una atmósfera, cuyo aire es el que da vida á nuestra inteligencia y á nuestro corazon.

Hoy el hombre regularmente educado está muy por encima, en punto á conocimientos exactos de todos aquellos profundísimos filósofos que despues de tantos años de meditacion sólo llegaron á saber algunas verdades incompletas. Hoy, repetimos, se nos dan por razon de moralidad una porcion de cosas, que nosotros admitimos, aunque no como última razon, y que no pudieron conocer con todos sus esfuerzos los filósofos griegos. Suprimase la idea religiosa que infunde la madre en el corazon del niño; séquense de raíz esos primeros sentimientos de cultura que el hombre no puede olvidar jamás; quítense aquellas primeras impresiones que el niño empieza á recibir en la cuna ante una civilizacion muy adelantada; los consejos y las máximas que se imponen con la autoridad y el cariño, y preguntese despues qué fuerza queda para esas bases de

moralidad que se establecen, y, si aún débiles y todo, pueden presentarse á ningun entendimiento por sí mismas, cuando no tiene un corazon adornado ya de creencias.

Los hombres sienten ántes que piensan, oyen á la autoridad ántes que á la razon: los pueblos aprenden más en el regazo de las madres que en las escuelas de filosofia. Ahí es donde está nuestro progreso y nuestro porvenir, adonde hay que luchar llevando la verdad, la ciencia, la despreocupacion.

La experiencia nos dice que es absolutamente necesario buscar la ley moral dentro de nosotros mismos, en la conciencia; que es preciso admitir que cualquiera que sea el juicio humano, cualquiera que sea la norma á que ajustemos nuestras acciones, cualquiera que sea la religion que se profese, hay un tribunal superior, inapelable, recto, justo, para quien nada hay oculto, á quien es imposible engañar, y cuya mirada y cuya justicia eficaz penetra en los móviles, los medios y los fines de los actos humanos. Es necesario buscar la aprobacion interna de las acciones en ese Dios que aterrORIZABA á Epicuro, « que lo ve todo, que lo prevé todo y que lo mira todo. »

La idea de esta justicia está encarnada en el fondo de la sociedad moderna, y de ella no podemos prescindir, aunque la neguemos; porque entra como elemento nece-

sario en la vida social; en las costumbres, en nuestras leyes, en todo lo que nos rodea, desde la cuna al sepulcro. Los ateos prácticos, de conviccion, que ajusten sus pensamientos y sus actos al ateismo, que no tengan en su alma más que el ateismo, no existen en la sociedad moderna sino como raras individualidades y se ven arrollados por la sociedad en todas sus manifestaciones.

Sea el criterio la ley, sea la simpatía, sea la utilidad, sea la opinion; todo esto es cristiano, todo es resultado de diez y nueve siglos de progreso dentro del cristianismo, todo está vivificado por el espíritu del Mártir del Gólgota.

Así es que, cuando la mas pura moral de los griegos queria establecer la regla de las acciones sobre la misma humanidad, no tenía más razon que acudir á las costumbres de los animales. De este modo creían dignificar al hombre, comparándole con un sér irracional, y dando por razon de su actos libres é inteligentes los actos del instinto de una bestia.

Como consecuencia de lo que acabamos de decir, concluyamos este ligero resumen de la filosofia griega explicando á nuestro modo un hecho que suele ser admirado.

Los filósofos griegos no tenían en su alma nada más que las ideas que predicaban,

y por eso las practicaban en todos los actos de su vida, sin reserva alguna por extrañas que fuesen. Los filósofos modernos no suelen practicar lo que sostienen de palabra ó por escrito: es cosa frecuente en nuestros tiempos ver que los que sientan en sus obras doctrinas extrañas ó absurdas, no sólo no las cumplen, sino que suelen ser personalmente débiles para realizarlas, y son los que más siguen en la práctica la costumbre general. Esto consistió en que los filósofos modernos tienen dentro de sí una cosa que es más fuerte, más inolvidable que la doctrina fundada en un sofisma ó en un esfuerzo intelectual. Pirron era fatalista, y no retrocedía ante un carro ó un abismo; Diógenes, que despreciaba el mundo, vivía en su tonel; Sócrates, que condenaba la ira, se dejaba pegar de su mujer. Los fatalistas modernos cuidan de su persona y de sus bienes, y elogian las grandes acciones; los materialistas piensan en la inmortalidad; los espiritistas obran como los demás humanos, sin consultar á sus espíritus. Los partidarios de todas las sectas, desde los corporistas hasta los neo-católicos, viven como vivimos todos. Y es que el cristianismo no es una palabra vana: es una influencia activa y eficaz, que ha modificado las costumbres; y sus máximas, su eficacia no se borran del corazón, ni de la sociedad, con un

silogismo ó con un delirio que no reconoce algunas veces más origen que el deseo de singularizarse; es que hay un progreso real, incontestable, invencible, y en el corazón del ciudadano moderno la convicción profunda de que es una insensatez luchar contra él sin caer, no sólo en el ridículo, sino en la imposibilidad de la vida social.